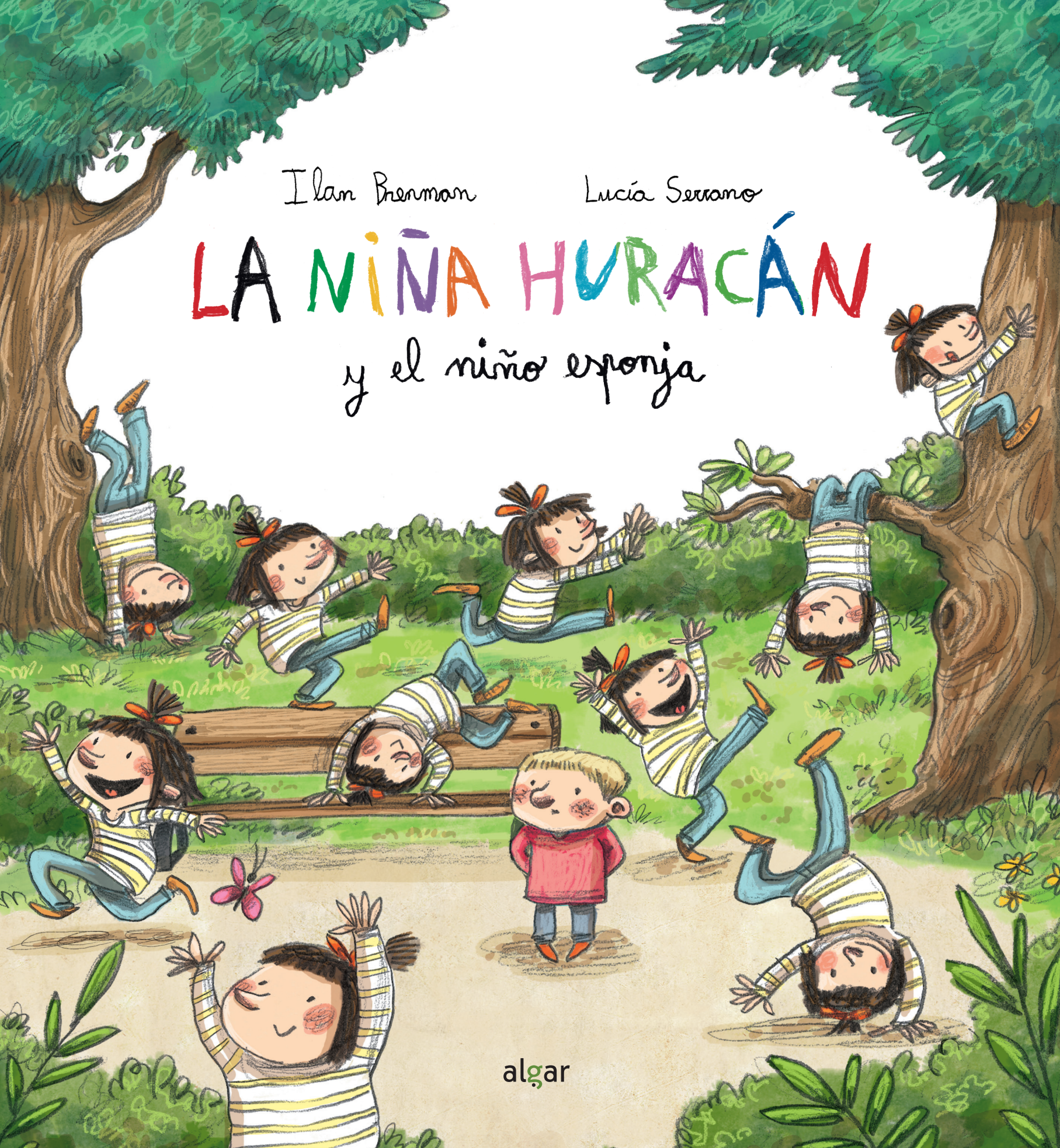
Ilan Brenman
Lucía Serrano
LA NIÑA HURACÁN
y el niño esponja
algar

AAAAAAAA

Ella nació una mañana de tormenta. Mientras su madre gritaba con los dolores del parto, el mundo era un estrépito de truenos y viento, pero el estrépito más grande de todos fue ella, la niña huracán.

Nació con los ojos abiertos, vivos e inquietos. Su boca se movía sin parar en busca de confort en el pecho calentito y seguro de su madre.

Desde muy pronto, todos descubrieron la fuerza del viento en los pulmones de la niña huracán. Lloraba con una fuerza descomunal. Sonreía con la misma intensidad.

La niña huracán se hacía notar. Después de mamar, siempre con mucha hambre, terminaba con la cara llena de leche.

Cuando empezó a gatear, ¡fue un sálvese quien pueda!

Puesto que por donde pasaba lo destruía todo, los padres iban como si fuesen malabaristas salvándolo todo, a la niña huracán incluida.

Cuando empezó a caminar, los padres decidieron acolchar la casa entera: el suelo, el techo, las paredes...

La niña huracán era feliz saltando, girando y dando volteretas por toda la casa.